

Time to say goodbye

Acta Gastroenterol Latinoam 2015;45:007

Es, como dice la famosa canción, *time to say goodbye*. Me despidió como Editor en Jefe de *Acta* porque considero que todo tiempo se corta y las etapas de la vida deben cumplirse y cerrarse con decoro. Cuando llega el cansancio y el trabajo se hace rutinario, si se puede, conviene dejarlo. Con esto quede claro que parto hacia otros rumbos de mi vida sin dar portazos ni tener animadversiones.

En estos ya demasiados años he llevado la nave de *Acta* por mares calmos y encrespados. Hablaré primero de los calmos, que el trabajo constante y callado permitió surcar con un moderado viento en popa. Me acompañaron en la navegación, una asistente y un editor. Ellos, Mariela y Raúl, fueron los responsables de que el barco siguiera su rumbo y a ellos corresponde toda la pericia y el reconocimiento. Además, debo incluir en mi reconocimiento a Luis Viola, quien siendo presidente confió en mí para realizar esta tarea; a las autoridades siguientes, que no cañonearon la línea de flotación; y a Nora y Bárbara, prolijas administradoras que me ayudaron siempre. Cuando uno desembarca en tierra firme, lo hace con nostalgia de las aguas azules y agradecida complicidad con los compañeros de cada singladura. Es de estilo agradecer y yo no seré desagradecido.

Pero sería injusto no hablar de los otros mares, los encrespados. Cuatro principales tormentas he atravesado con la nave. La primera es la que trajeron la falta de escrúpulos, el egoísmo o la indiferencia con los que me encontré más de una vez. Preferí sortearla en solitario silencio a participar de escándalos de alcoba. La segunda es la dificultad económica, surgida principalmente de la incapacidad de la industria farmacéutica para comprender que apoyar la investigación prestigia y a la larga da rédito. La tercera y la cuarta hacen más al oficio, a lo propio de una revista científica, y a la responsabilidad de los pares. Padecí en especial la falta de disposición para revisar los trabajos, con las consecuentes demoras y reclamos. Fue

curioso ver reclamar por la publicación de los suyos a autores que luego no revisaban los ajenos. Vi también ese muy argentino desapego de las normas, ese permanente pasar semáforos en rojo, que lleva, por ejemplo, a no seguir los lineamientos universales de un trabajo de investigación, a no respetar las instrucciones para los autores, a descuidar las referencias bibliográficas o a maltratar un idioma tan hermoso como el nuestro, motivando interminables correcciones.

Creo que hicimos una *Acta* digna. Sé que creció como revista en su forma, mimada y revisada, aunque no exenta de gruesos errores que asumo plenamente. No estoy tan seguro de que haya crecido lo suficiente en sus contenidos porque, a mi modo de ver, la investigación en la Argentina pasa por una profunda crisis. Tal vez yo no he sido lo bastante capaz o riguroso para exigir mejores estándares, pero también es cierto que aún andaríamos por el primer número si lo hubiera hecho a rajatabla.

Es evidente que *Acta*, para seguir navegando, requiere cambios y mi falta de entusiasmo para afrontarlos es parte de la decisión de desembarcar. Dejo a otro capitán la necesaria renovación de su comité editorial, el reclamo de un mayor compromiso de los pares y la más agresiva búsqueda de recursos.

¿Está dispuesta la Argentina a cambiar? ¿Están dispuestos los gastroenterólogos argentinos a remozar su sociedad y su revista? ¿Están dispuestos sus dirigentes a que los intereses comunes prevalezcan sobre los sectoriales o individuales? ¿Están dispuestas las generaciones jóvenes a darle un nuevo impulso a la investigación clínica? No lo sé. Me despidió con encanto y desencanto porque ya estoy viendo la medicina con la mirada de los viejos, esa mirada que, acertada o no, era tan respetada en la antigüedad clásica.

José Luis Fernández